

LA VOZ HABITADA

Siete poetas ecuatorianos en el nuevo siglo

Marialuz Albuja Bayas
Ana Cecilia Blum
Julia Erazo Delgado
Carlos Garzón Noboa
Xavier Oquendo Troncoso
Carmen Inés Perdomo Gutiérrez
Carlos Vallejo Moncayo

UNA ANTOLOGÍA DEL AZAR

Un día chasqueó la Diosa su luminoso látigo y éste le obedeció:
se enroscó en la mitad exacta del planeta y la punta,
como un respe de fuego,
me señaló un país, una región, un mundo.

Al frente el gran Océano.
Atrás el macizo continental, nunca más macizo.

Hablo del Ecuador: latitud cero: días y noches salomónicos.

Y casi todo estaba ahí
Mas en la quietud del páramo y en la quietud del llano
hacía falta la voz.

Llegó en oleadas.

Aquí viene una de las más recientes:
tropel sonoro de centauros jóvenes
o *infame turba de nocturnas aves...*

Aquí vienen: terrestres y celestes: de las altas alturas
y de las vastas llanuras frente al mar.
De las atmósferas secas y de las atmósferas húmedas.
De las gélidas temperaturas de la cordillera y de los tórridos climas de la costa.
(No hay nadie de las verdes llanuras amazónicas
y yo, un lector mexicano nacido en lo que fue la Selva Lacandona
pero avecindado en la meseta del Anáhuac,
el alto valle metafísico que dijo Alfonso Reyes, ya lo estoy extrañando.)

Ellos me dijeron que

este libro no es una antología de textos
este libro no es una antología de autores
este libro no es un remitido generacional
este libro no es el producto de un grupo o taller

Y, sin embargo, también es todo eso...

Cada autor antologó sus textos.

Los siete autores integran un grupo que la amistad unió.

Los siete nacieron entre 1972 y 1973

y sólo 18 meses separan al mayor del menor.

A los siete les gusta

—eso dicen, al menos, a ver quién se los cree: yo, por lo pronto, no—
considerarse de “bajo perfil”.

Tienen, incluso, una explicación psico-sociológica para tal hecho:

en su patria *el ego literario está muy lleno y siempre dice “ocupado”*.

Me gusta que no se escuden en el género:

estos siete seres humanos se asumen poetas ante todo

e integran un grupo mixto casi equilibrado:

con un ligero y agradecible desbalance a favor de las mujeres.

Los siete se divierten juntos,

Los siete tienen una propuesta poética: eso creen y creen en eso.

Este libro es, pues, una antología, de textos y de autores,

un remitido generacional, un producto de grupo,

un homenaje a la amistad y a la coincidencia:

es una antología del azar.

Cada cual por su lado, los siete han hecho cosas por la literatura

y la literatura les ha concedido un espacio.

¿Se los concederá también la Poesía?

Por eso están luchando y en eso les va la vida.

A las antologías suele tachonearlas el tiempo, a veces, con demasiada saña.

Con esta antología del azar ¿se estremecerá la hoja del gran árbol?

¿Se moverá la fina aguja del sismógrafo nacional?

Veremos, dijo Homero...

Por lo pronto aquí vienen:

Son Marialuz Albuja (Quito, 1972), Ana Cecilia Blum (Guayaquil, 1972),

Julia Erazo Delgado (Quito, 1972), Carlos Garzón Noboa (Quito, 1972),

Xavier Oquendo Troncoso (Ambato, 1972),

Carmen Inés Perdomo Gutiérrez (Esmeraldas, 1973)

y Carlos Vallejo (Quito, 1973).

Todos formulan una poética y a mí me da por preguntar:

¿Es eso necesario?

¿Se corresponden las poéticas declaradas con los resultados poéticos?

¿Hay puntos de contacto entre las diversas poéticas del grupo?

¿Hay similitudes entre estas posiciones

y las de otros grupos u otros creadores en singular?

Ya harán su labor los críticos, los profesores, los historiadores de las letras.

Yo hago constar aquí mi entusiasmo de oro y mis mejores deseos.

Que se estremezca, así sea levemente, la hoja del gran árbol ecuatorial

Que el sismógrafo indique (Oh Bardo Rei)

que hubo un leve temblor en las vértebras magnas de los Andes

La poesía de Ecuador está esperando desde hace mucho

su Cotopaxi o su Chimborazo.

Aquí vienen

Nadie los llamó.

Solos se acercan a la sagrada llama.

Sin piedad, lectores: exijámosles todo.

Que su obra sea del tamaño de su ambición.

Efraín Bartolomé¹

México, D. F., Primavera del 2008.

¹ Poeta mexicano (Ocosingo, México, 1950). Estudió psicología en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ejerce la psicoterapia. Premio Ciudad de México, 1982; Premio Nacional de Poesía Aguascalientes, 1984; Premio Nacional de Poesía Carlos Pellicer para obra publicada, 1992; Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen, 1993; Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines, 1996. El Gobierno de la República le otorgó el Premio Nacional al Mérito Forestal y de Vida Silvestre, 1994, en la rama de Cultura. Recibió el Premio Chiapas de Arte, 1998, máxima distinción que concede el Gobierno del Estado de Chiapas a sus artistas. En 1999 recibió la Ledig-Rowohlts Fellowship, Suiza. La Mexican Heritage Corporation de los Estados Unidos le otorgó en el 2001 el Legacy Award in Literary Arts, International Latino Arts Award, "por una vida de logros y aportaciones en el campo de la Poesía". En el 2002 fue elegido Stipendiaten por la Landeshauptstadt München Kulturreferat, Alemania. Es miembro del PEN Club y de la International Academy of Latino Artists.

Ha publicado Ojo de jaguar, 1982; Ciudad bajo el relámpago, 1983; Música solar, 1984; Cuadernos contra el ángel, 1987; Mínima animalia, 1991; Cantos para la joven concubina y otros poemas dispersos, 1991; Música lunar, 1991; Agua lustral, (Poesía 1982-1987), 1994; Corazón del monte, 1995; Trozos de sol, 1995; Ocosingo: diario de guerra y algunas voces, 1995; La Poesía, 1996; Partes un verso a la mitad y sangra, 1997; Avellanas, 1997; Oro de siglos, 1998; Anima mundi, 1999; La casa sola. 1999; Arder (Obra poética 1982-1997) , 1999; Música Lunar, 2001; Cuadernos contra el ángel, 2003; Anima Mundi, 2003.

PRÓLOGO

LA POESÍA DEL SIGLO XXI DESDE LA MITAD DEL MUNDO

La de este libro es una poesía que se desarrolla en un presente en definición, dinámico, esencialmente mutante. Es una poesía que se ha sembrado en el humus de la tradición y que comienza a cosecharse hoy, una poesía que es promesa y a la vez afirmación, objeto estético incipiente y concreción nítida a la vez.

“La voz habitada” es una propuesta múltiple, indicio fortísimo de varias vocaciones creadoras y de varios proyectos estéticos conscientes –y por sobre todo diferentes- alejados del gesto naif habitual en los rituales editoriales de iniciación y alejados a la vez de una trasnochada irrupción neovanguardista.

“La voz habitada” es aparición de lo nuevo e incipiente certeza de futuro, posibilidad de proyección.

Estos siete jóvenes poetas de la mitad del mundo extienden una invitación para visitar la poesía iberoamericana del futuro. Lo hacen desde un “punto” de ubicación geocultural “privilegiado”, pletórico de una simbología clave en momentos en que la cultura global y la cultura local suelen exhibirse en un híbrido de síntesis que provisoriamente puede llamarse “glocal”.

Una recorrida breve y por supuesto incompleta de este volumen permite asomarse a la concreción de una desgarrada intensidad en Marialuz Albuja Bayas. Ecos de Paul Celan y del español Valente pueden advertirse en la exactitud de uno de sus contundentes versos:

“Detén la insistencia de las palabras”.

La composición rítmica y sólo en apariencia sencilla de Ana Cecilia Blum permite al lector relacionar la lectura con la tradición de mujeres poetas latinoamericanas del siglo XX, desde Delmira Agustini hasta Juana de Ibarbourou, pasando por Gabriela Mistral y Alfonsina Storni. Su *“grito en veladura”* advierte de la renovación de esa tradición en el siglo recién inaugurado.

La percepción sensorial elaborada, el culto de lo sinestésico crea en Julia Erazo Delgado una atmósfera de palabras que evocan un mundo autoabastecido y leve en el sentido que dio a este concepto Italo Calvino en su fundamental ensayo *“Sei proposti per il próximo milenio”*.

Un eco remotamente bíblico, de imprecación e intensidad luminosa en su propósito de “*religare*” a través de la palabra, se resignifica en los poemas de Carlos Garzón Noboa:

*“Señor,
incendia con tu voz
la zarza del poema”.*

La épica del deseo de descubrir, la conciencia poética de querer saber el mundo, de reconocerlo, es una de las líneas en que se advierte la solvente expresión de Xavier Oquendo Troncoso, junto a la conciencia lúcida del acto literario.

Una multiplicidad controlada pero de trazo pessoiano y formulación personal recorre los poemas de Carmen Inés Perdomo Gutiérrez, en particular de su “Cánticos de invierno”.

Con la evocación mágica que permiten imaginar sus iniciales (C.V.) y su apellido de predestinado que convoca el espíritu atribulado de su cuasi homónimo, el genial peruano nacido en Santiago de Chuco, Carlos Vallejo desarrolla una propuesta de texto corporal, un decir y un devenir orgánico, latente, una escritura viva donde “*el vacío no es el vacío*”, donde la palabra desmiente la ilusión de la nada.

Estos siete poetas no escriben sólo “del Ecuador”, no son solamente del Ecuador: escriben y son en un mundo contradictoriamente globalizado, donde la problemática de la construcción de identidad plantea una consideración ética del fenómeno estético. Sus testimonios son diversos, el gesto con que componen el libro muestra una saludable vocación heterodoxa. La manera en que han logrado una gran cohesión en la presentación de sus siete caminos es sabia: han reunido lo diverso, han permitido que sus sendas se desarrollen en paralelo, o bien se intersecten y vuelvan a alejarse con una naturalidad justa y necesaria. No han construido una antología de grupo, sino una muestra significativa cuya validez reside en la calidad poética y en la edificación de cada una de estas siete personalidades de las que habrá que sorprenderse y celebrar en el futuro.

Rafael Courtoisie²

² Narrador, poeta y ensayista uruguayo (Montevideo, 1958). Ha recibido, entre otros, el Premio Fundación Loewe de Poesía (España, Editorial Visor, jurado presidido por Octavio Paz), el Premio Plural (México, jurado presidido por Juan Gelman), el Premio de Poesía del Ministerio de Cultura del Uruguay, el Premio Internacional Jaime Sabines (México) y el Premio Blas de Otero (España). Su extensa obra se deja leer en

cuento, novela, poesía y ensayos. Ha publicado en poesía: *Contrabando de auroras*, 1977; *Tiro de gracia*, 1981; *Orden de cosas*, 1986; *Cambio de estado*, 1990; *Textura*, 1992; *Las jaulas de la paciencia*, 1995; *Estado sólido*, 1996; *Parva*, 1996; *Umbría*, 1999; *Fronteras de Umbría*, 2002; *Música para sordos*, 2002; *Jaula abierta*, 2004; *Todo es poco*, 2004.

MARIALUZ ALBUJA BAYAS

Huella en la tierra

(MANUSCRITO)

MARIALUZ

Tu cuerpo

despedazado por la multitud
entregado a los verdugos que no conocen el perdón a sí mismos
necesita que lo abracés como si fueras tu propia madre
la hija abandonada que no supo regresar del invierno
la amiga enterrada.

Sáciate con la dulzura que palparon tus labios
cuando una jovencita te sacó de su vientre
y te alimentó pausadamente entre sus brazos
mientras la luna cabeceaba detrás de la neblina
y en la distancia alguien
tal vez

encendía la radio.

Recuéstate bocarriba

-siempre fue hermoso el azul entrecortado por las copas de los árboles-,
escucha esa voz que jamás te dejó de llamar
(aún en los días amortiguados por las misteriosas pastillas
que ahora curan la tristeza).

Detén la insistencia de las palabras.

Enciende tu luz.

Serás agua

paisaje de sal
espuma regada en la arena.

Serás nada en la sombra que borra el deseo
y apaga tu huella en la tierra

color de alabastro
murmullo que rasga con su golpeteo
la piel de las piedras.

Serás lo que llevan escrito
las olas
la luz
la marea.

ALGUNA VEZ

Alguna vez
quién sabe si después
o antes
del amanecer.

Alguna vez
mientras en algún sitio un automóvil se detenga y alguien baje, sin mirarte.

Alguna vez
al finalizar una jornada de trabajo particularmente aburrida,
quién sabe si segundos antes de que la luna asome la cabeza tras los árboles
(su cuerpo habrá de estar siempre escondido)
o mientras las noticias den a conocer los más triviales hechos.

Alguna vez
quizá al comienzo de otra guerra
o en el descanso de las gradas que recorres cada día
sin notar que el pasamanos ya no aguanta
me habrás, por fin,
definitivamente
olvidado.

Te diré que llevo de la luna un rayo.

No tengo cráteres ni mares secos.

Sólo un relámpago que quiebra el viento
para llevarme lejos.

Después vendrá lo tuyo.

Lo que debió guardarse
sin malversaciones ni embustes.

Lo que debió recogerse de los escombros
para volar sin ser visto.

Lo que tenemos.

Lo que tuvimos.

Playa incienso

perfume

cobija de cobre

donde cabe la risa del agua.

Playa sola

de arena frondosa

de tesoro enterrado

cangrejo

canoas.

Dulce playa que atrapa el misterio

que de ofrenda ha tomado tu cuerpo.

Pude haber sido Ulises

Helena

Juan Bautista.

O esa mujer que baja despacito
abrazada a la canasta de penas.

O el payaso trapequista
con su caja de sorpresas.

O una loca de atar.

O un astillero.

O la Línea Equinoccial.

O algún planeta...

Pero me fue dado ser yo
y me estoy convirtiendo en serpiente.

Dijiste que te irías

que no ibas a buscarme
entre las tumbas del colegio
que no ibas a rodear mi cuello
con tus flores funerarias

que no ibas a quemar mis libros
que no ibas a romper mi poesía
que no ibas a violarme en el silencio
 que he logrado construir lejos de ti
que no beberías
la sangre que corrió por mis piernas
cuando por primera vez
perdimos el camino a casa.

Dijiste que me ibas a olvidar.
Me lo juraste sin palabras.

Ahora tengo miedo de volver
 y descubrir que acaso
sea cierto.

Fantasma que me acaricias la cara y te vas.

Esta noche no huyas de mí.

No te lleves el cuerpo que ansía la brevedad
la ligera noción de tu carne.

Déjame lo que me pertenece
la desnuda manzana en que habito
la piel
que perdida en el aire
desea arrastrarse y al fin existir.

El mar acarrea tu nombre.

Lo trae hasta mí
como un día trajera la lengua con que ahora descifro el dictado del agua.

Escucho en sus sílabas otro cantar
aquél que de niña me hiciera intuirte.

Pero hoy sólo pides silencio.

No puedo, aunque quiera,
borrar la humedad que has dejado en mi piel con tu atraco.

Escucho tu nombre
murmullo que rompe memorias y tiempos
sonido que sigue llegándome desde la lejana prehistoria del amor
cuando sus manos
tus manos
aún no tocaban mi vida.

Hoy sé que de nada me sirve nombrarte.

Te has ido temprano
Y el sol, bajo el agua, se deja morir.

Será tan leve tu paso

que apenas alcanzaré a conservarte en imagen.

Insólito en la memoria se grabará tu perfil
y ya estarás lejos.

No te sabré convocar otra vez.
Se me habrán olvidado los ojos del lenguaje,
su nariz y su boca,
sus articulaciones estarán rotas
y en mi cabeza reinará la confusión
que se instala en el mundo con los aguaceros.

Buscaré en el jardín y serás nuevamente
la brisa que anoche me quiso tocar.

Si después de tanto esfuerzo
te me quiebras en las manos.

Si al final repito el ciclo
de buscarte en otro cuerpo
en otra cara.

Si logré llorar como los hombres
sin mojar la almohada...

Ya no importa.

Me lobas el alba
y me asustas
amor
aullando
siempre rojo y siempre
vivo

Agusano tu boca
vacía
de manzanas y besos

Ahogo en tu oído mi miedo

Me acaballas sin rienda
porque no me la pongo
y
jamás
seré tuya
amor
aunque te amo

Volveré a perderme por los caminos

que doblan y se dividen.

Caeré en las mil trampas que el bosque me tienda.

Haré nuevamente

como quien repite un antiguo ritual

aquello que se confunde con lo soñado.

Llegaré prodigiosa.

Hallaré en la palabra el milagro

ese abrupto diluvio capaz de encontrarte

esa luz que te hiciera venir hasta aquí.

Más allá de los barcos se esconden los inocentes.

Soñadores que se abandonaron a las aguas
como a una más de sus locuras.

Más allá de los barcos reposan los inocentes
los que no pudieron con la fuerza de las olas
y se encontraron con los ángeles
en el camino donde se creyeron perdidos.

Más allá de los barcos se esconden los inocentes
apenas dueños de sus pasos
de las miradas que cruzaron con otros
de los roces en que supieron reconocerse.

Más allá de los barcos descansan los inocentes.
Los veo flotar cuando todo se apaga
les digo que estoy de su lado

pero ellos no escuchan
a quienes temieron seguirlos y ser, para siempre,
torrente de augurios que traen consigo pedradas
y estrellas.

Más allá de los barcos se juntan
y mueren
tal vez dichosos
los inocentes.

Voy a mentir

otra vez
a cantar, intacta,
como si el cielo y las montañas
convivieran detenidos en mi cuerpo.

Voy a volar hacia el asombro de los sentidos
que aún me esperan con la fuerza de una metralla
con horror a ser descubiertos en su fragilidad mortal
en su infinita conquista del mundo.

Voy a juntar los días
como un rompecabezas que tuviera compostura.

Sin detenerme
subiré la cuesta de las palabras

y sola
igual que siempre
cumpliré con mi deber.

ANA CECILIA BLUM

Lejos de los trópicos

(MANUSCRITO)

ANA CE BLUM

Y SI HAY ALGO QUEBRADO

no soy yo

es la tarde
la noche
las mañanas
los caminos
el tiempo

aún estoy entera
me sostengo
me soporto
si apenas me riego
me colecto

¿O soy yo?

TE CONVOCO AL ENCUENTRO

Inunda de levedad mi ser.

Acuéstate, estírate, riégate.

Contigo
no importa
de dónde vengo
a dónde voy
o de las hojas secas
que están hechos los huesos.

Camino
del bar a la casa,
siete bajo cero.

Nada duele,
nada molesta,
nada acusa,
nada persigue.

Casi no siento mi cuerpo
y me encanta.

Contigo
todo es etéreo.
La vida es viento
y no arrastra bolas de acero.

Cierro los ojos
me entrego al levitar.

¡Ay!

Si pudieras
quedarte para siempre,
si no te marcharas
al siguiente día,
dejando
solamente
unas patadas sin huellas.

LA QUE SE FUE

Camina en otras calles.
Sucumbe en otra lengua.

Lejos de su casa,
escortada por el anonimato,
con la alforja vacía de país y herencia
asiste
al velatorio del espejismo.

Entre los monumentos de la muerte
ha olvidado
de qué savia está hecha su sangre,
de qué oficio se yerguen sus huesos.

No quiso retornar cuando pudo,
es tarde
para alcanzar las carabelas.

Lo que dejó
se lo comió el apetito de la ausencia.

Volver al mismo mar
es volver al desencuentro.

PERDIDA

Ante los designios de otras latitudes,
con una angustia preñada de fríos,

como libro echado al viento
salvaje del desierto,

como lago congelado que llora
abrazado de la luna,

buscando
mi nombre
en la cartografía cósmica de este hemisferio.

DOLORES VIEJOS

Aunque ya no es paralelo cero
si no cuarenta y cinco,

aunque ya no es eterno verano
si no cuatro estaciones,

donde las brújulas te lleven
unas penas te acompañan,

fiebres que siguen
tatuadas en las manos.

RENUENTES

Ellos conservan
el rumbo de la costumbre.

Me han contado que salen
a las horas de siempre.

Por las mañanas al trabajo,
retornan, hacen la siesta
y se apuran a buscar atardeceres.

Suben,
bajan de los buses,
atienden conciertos,
cines, recitales.

Se sientan en algún café,
sacan la pluma,
conciben los hijos de las calles.

Pobrecitos mis zapatos viejos

ellos aún no entienden
que me he marchado.

DESPUÉS DEL OCASO

Cuídate de la noche,

no te le acerques demasiado
es capaz de capturar tu aliento
en su cueva de roca negra.

Cuídate de la noche,

nunca la mires de frente
sus mil ojos con pupilas de asterisco
quieren encantar cada uno de tus pasos.

Cuídate de la noche,

ella va a enamorarte y tú vas a sufrir
porque no podrás entender su corazón blanco:
se achica, se agranda, se redondea, se esconde, se eclipsa.

Cuídate de la noche...

EL AGUACERO

Con la piel de la frescura
-en medio de la pampa-
hasta la culebra sonríe,
ella que juró no creer en dios,
después de la lluvia, ya cree.

Sin embargo,
la precisión del sol arriba
y todo lo seca, tan rápidamente.

La pampa es la pampa otra vez,
ardiente.

La culebra es la culebra otra vez,
atea.

Me detuve

a la orilla de mis jaulas.

Hallé

historias óseas

y un escupitajo de brea

sobre las alas.

Soy

susurro cósmico

bajo las yemas de la lluvia,

falange rota

sobre la hojarasca en fuego.

Grito en veladura.

Abrazo las cruces

caigo
en la fe de la esquizofrenia.

Imploro, rezo,
hago penitencia

mas Dios
no me salva.

DESCANSO SOBRE MI SOMBRA

La noche copula con el verso
sueño un placer furtivo
ser hijo de las letras

Una pluma inventa el universo
El silencio inventa la música
Un poema observa desde la ventana

En la creciente de luna
un árbol de peces

Caracoles cuelgan de la brisa

Arena
resbala de las nubes

Naufraga el Pacífico
entre los astros

Noche
marea de mares negros

TODOS INVENTAMOS MADRUGADAS

las olas
como mujeres excitadas
golpean la roca

qué gotas de tiempo
se llevan las estrellas

hemos bebido todas las aguas

ya no hay sonrisa de corales
ni espacio en el ojo de la ballena

de la cima a la sima
solo queda
el fuerte abrazo del arrecife

TODO ES DERROTADO POR EL ALBA

los fantasmas se esconden
detrás de los armarios
la madrugada se fragmenta
el reloj no claudica
tal vez nos encontremos
en otro sueño
porque el poema
será siempre un sueño

Ahora
los mares
me esperan nuevamente

el oleaje incesante
el quieto levitar del hipocampo
aquel velero que llevamos
en las profundidades del ojo
el olor de hombre que tiene el mar
el olor de mujer que posee la playa

JULIA ERAZO DELGADO

tintas doradas en fondo negro

Al color

*A ti, sonoro, puro, quieto, blando,
incalculable al mar de la paleta,
por quien la neta luz, la sombra neta
en su trasmutación pasan soñando.*

*A ti, por quien la vida combinando
color y color busca ser concreta;
metamorfosis de la forma, meta
del paisaje tranquilo o caminando.*

*A ti, armónica lengua, cielo abierto,
descompasado dios, orden, concierto,
raudo relieve, lisa investidura.*

*Los posibles en ti nunca se acaban.
Las materias sin términos te alaban.
A ti, gloria y pasión de la Pintura.*

Rafael Alberti

(A la pintura. Poema del color y la línea)

(manuscrito)

julia erazo

néctar

el temor se enreda en los brazos del naranjo
se crispa entre sus ramas

un joven colibrí clama por alimento

entre estambres y pistilos
una historia de aguaceros y tornados

el ave se abre paso
entra resbala vence es vencido
desata olas de rocío

la brisa se incorpora para saludarle
plumas azules baten su cuerpo

alcanza el néctar

nada

*Casi azul, casi cano, casi umbrío,
casi cielo salino con antenas,
casi diafanidad, casi vacío
casi lleno de arpones y ballenas.*

Miguel Hernández

hoy seré lo que soy desde que he sido

he sido
quizá
hace siglos

quizá
hace nada

quizá
en el fondo de un pantano
que no es tiempo
que no es el espacio donde habito

fugazmente te encuentro
contigo hablo
niño a niño

como el agua entre tu cuerpo
cuando llueve

o mi boca con tus labios
cuando hay beso

es inútil pronunciar este misterio
que es lo simple o lo divino
o una de las nada que tenemos

sueño

un hombre una nube un caballo
una cadena de ojos
el aire una serpiente adormecida entre sus labios

una ronda en los valles del sueño

vagan por el horizonte
forman un arco en la madrugada
acaso una manada

venas anaranjadas surcan la montaña
la erupción alcanza al hombre a la nube al caballo

el hombre despierta

una jornada exangüe le espera silenciosa

juntos

(...) agradecía a todo lo que en aquel momento vivía en mi ánimo: al reflejo rosado de las tejas, a las hierbas salvajes, al pueblo (...)

Marcel Proust

traza el día sus dibujos cotidianos
un árbol una telaraña de plata entre sus hojas

los dos en un lado distinto de la vida
miramos el horizonte

uno
dibujado sobre un mar de zanahorias

otro
poblado de murciélagos que parten a la caza

antónimos frente al universo
juntos en el instante compartido

lazos

a mis amigos y alumnos

los ojos de algunos hombres y mujeres
brillan en los de otros
aletean como picaflores
en su lucha por el pan

metidos en sus cuerpos
en la sangre que será la misma
de sus hijos y nietos

los amigos

marta yusef maría José susana
xavi isa pedro ileana

despiertan cuando ellos duermen

canturrean un nostálgico flamenco un tango una cueca
esperan un día de aceitunas negras

mas descansan en su casa

en su sombra

y no se lo figuran

aroma

a Josué, recuerdo de agua

ocurren las horas los días
una tormenta
el hambre la sed

no estás

sábanas africanas
la aurora el ocaso

una leona
tras una cálida presa

aspiro tu aliento
guardo la flor del baobab

a pesar de las sombras
la caza se consuma

axioma

*Y lo que veo a cada instante
es aquello que nunca había visto (...)*

Alberto Caeiro

la niña hurga entre las flores

vierte sobre la tierra
serpentinadas de gracias
de insólitos compases

tan insólitos

como los cosquilleos
y temores del suelo

ángeles

a Juan Xavier, José y Josué

en una ronda bailan los niños

el primero una moneda al aire

echa la suerte

aviva volcanes a punto de extinguirse

el segundo una moneda que rueda por el suelo

roza el mundo

se forja sobre el pavimento

el tercero una moneda de agua

se escapa

mas regresa en tardes de lluvia y de llanto

estación

A pesar de ser invierno aún había en los alrededores alguna que otra flor.

Peter Handke

el tren ya parte

tú afuera y tan invierno

aún devuelves las mejillas
como helados de leche hacia el cristal

tú más afuera que las montañas

escarcha dulce

falta mucho para la siguiente estación

mudanza

llega de un país lejano del ahora

sobrevuela los andenes
como pájara recién parida

encuentra la barrera del aire
lo fértil e infértil de la tierra

por la tarde sembrará los sueños

un hogar para el hijo
heredero del último viaje

rutina

una noche sin luna
sin estrellas
el aura

fugaces pájaros la rondan

algo nos llama a cenar fuera de casa
fuera de la piel

el invierno ha terminado
sangran nuestras alas rotas

un farol alumbra la vuelta

amnesia

la escoba ha quedado abandonada

la abuela escucha apenas
llantos lejanos de carretas

de vez en cuando su rostro
sobre la opacidad de una taza

de vez en cuando de la regadera
un elixir para el pasto seco

de vez en cuando el crujido de tablones
bajo el peso del olvido

ay la abuela

un cardumen de fantasmas
la acompaña la arrastra

un cántaro de silencios
le ha sembrado canas y miedos

un sol nocturno
la sepulta

espantapájaros

deseas

una jarra de té hirviendo sobre la mesa
encuentras una estela de polvo y polillas

deseas

un timbre que anuncie visitas halagüeñas
no hallas la puerta ni la ventana

deseas

una copa con bebida fresca
un desierto te ha dividido los labios

los lugares que no te conocieron te reclaman
las esquinas que te vieron pasar no te conocen

alguna vez apareces

arrastrando tus bronquios secos

alguna otra

tu alma de espantapájaros

tu crucifixión

ha claudicado la velocidad de tus palabras

la novela de aventuras que inventaste

has muerto

esperanza

I

antes de dormir el niño cuenta
se resuelve entre ovejas
atina su mundo entre las grietas del tumbado

reposa su corazón

II

despierta

mira el alba de su muerte
padece la premura del día

las grietas del tumbado están reparadas

no le queda tiempo para soñar

carboncillo

una sombra en el espejo

un río una tormenta

una playa soleada una margarita

seis días

cuatro medias lunas

un rayón una tristeza brillante

un precipicio

una muerte

CARLOS GARZÓN NOBOA

Oficio del paria

(manuscrito) Carlos Garzón

Señor,
incendia con tu voz
la zarza del poema.

ESCRITO EN LA ARENA

Me repugna la compañía de los débiles:
comunes aves para cielos tan altos,
pequeñas bocas para senos tan grandes.

Yo, la sed insaciable, el extranjero,
fatigo los desiertos persiguiendo un oasis
y arrastro serpientes atadas a mi voz.

Quien tenga pies de hierro
que abandone sus sandalias y me siga:
MI SUDOR INCENDIA LOS CAMINOS.

DESTIERRO

¿Por qué una constelación de ángeles se ha entregado rendida al furor de la carne?
¿Hasta cuándo mi mano cerrada guardará en su cielo semillas del sol?
Exangüe, la luna anida sobre ancianos cerezos,
mientras nubes de auras escarban la noche buscando restos de luz.
¿De qué sirve ahora que se despierte mi mano, si aún el fruto no nace?
¿Tendrá sentido clavar me las plumas que se arrancaron los ángeles,
si la fatiga llegó?
Ojalá el sueño,
aquel árbol errante que ha borrado de sus hojas nuestros nombres mortales,
me arrulle en su seno, hacia otras albas
y sin dolor.

CIMA DEL SUEÑO

Del céfiro,
el humo se defiende en espirales,
mientras piadosas manos enlazadas con el cielo
apaciguan los astros.

Abajo,
sobre un nido de rocas,
desdichados amantes que ardieron al marcharse
vislumbran con sosiego el vuelo hacia otros cuerpos de sus almas migratorias.

¿Cómo no haber intentado enjaular aquel destino,
cuando soñamos que unas aves muy diáfanas,
ajenas al clamor de sus celestes celadores,
se perdían en la noche?

Ascendamos también nosotros:
los amados, los siempre solos,
hasta esos nevados lechos de nuestros amantes que se fueron
y descansemos al lado de quienes todavía duermen.

AQUELLA AVE DE LA VOZ...

Sembrada por mis labios,
la vid de las palabras se marchita.

A pesar del oficio, la Escritura no basta:
será ceniza, mas ¿tendrá sentido?

El fuego afila sus guadañas,
mientras mi voz emigra hacia el Silencio.

Cae una lágrima
en el jardín de los incendios.

HERÁLDICA

¿Hacia qué miserables campos del honor
nos aventuramos los poetas?
¿A quién legaré la espada de mi lengua,
si todas sus conquistas las recuerdo amargas?
¿Qué vano emblema coronará mi lápida,
ahora que sobre el crisol de la página
el oro retorna al cilicio de los óxidos?
¿Exhumará la memoria cualquier vestigio,
alguna ínfima certeza,
o, si al nacer de los labios de la ausencia,
lo que perdure no sea más que el silencio
iluminando estas líneas cuando muera?

SAGA

Sin Reino,
me exilio en el silencio
y canto.

?

Me han mordido los dioses de la tribu:
ocultos como víbora entre rosas.

Soy un signo que pende del abismo,
un templo malherido en sus columnas.

¿Renaceré al margen de sus designios,
encarnado, esta vez, en Escritura?

ANUBIS

¿Qué hacer con las palabras?
¿Escribir a cambio de equilibrio?
¿Seré un yo sin sentido
o el contrapeso de tus nadas?
Dime, lector mezquino,
si con mi último respiro
se inclinará hacia ti la balanza.

INVASIÓN

El caballo que habitamos
está vacío.

SAUDADE

Ciénagas del olvido.
El loto
alumbra tu recuerdo.

HUMANAS OFRENDAS

Es la noche
del eclipse de la luna
y de los puñales que se sacian.

De las mitades contrarias.

Aves de fuego iluminan la masacre.
Se lastiman con sus picos.
Acechan.

Las Amazonas se alejan.
Están eufóricas:
en sus entrañas mansamente anida
el germen de la estirpe.

Atrás quedan,
para las voraces aves,
los inmóviles amantes,
besando con sus heridas
los falos de la muerte.

Las vencedoras cabalgan
hacia la ciudad desprotegida.
Llevan en el pecho mutilado
la señal viril de su casta.

Están sedientas:
quieren celebrar la victoria
con las mujeres de los vencidos.

Las viudas,
que soñaron la tragedia,
saben que de Oriente
se acercan las guerreras.

Entre lágrimas,
inmolan a sus hijos;
y las esperan desnudas en los lechos,
como ofrendas.

Con el placer y la venganza agazapados
en la leche envenenada de sus senos.

CONSAGRACIÓN

Este hombre, a cuyo cuerpo no da tregua,
batalla por liberar su fuego. Y en su lengua
la ceniza forjó un enigma.

Y no pregunta...

Es un hombre atrincherado en otro hombre.

ES UN HOMBRE QUEMADO

El fuego ha borrado su edad. Y en sus quemaduras
está su recompensa, su castigo
y el lugar de la contienda.

Y no pregunta...

En combate, su piel suda diamantes
y refleja el cielo.

Su piel es sacrificio.

Su piel huele a sándalo.

ASÍ ES LA PIEL DEL HOMBRE QUEMADO

Parece un Fénix que devoró sus llamas. Y en su carne
maduran todos los soles del Universo.

Y no pregunta...

¿ES ACASO UNA ESFINJE SIN PREGUNTAS?

El hombre quemado triunfa
y otra vez se quema.

En su mirada se siente pérdida.
En su mirada fulgura el frío.

LA VICTORIA LE ES ADVERSA A ESTE HOMBRE QUE SE INCENDIA

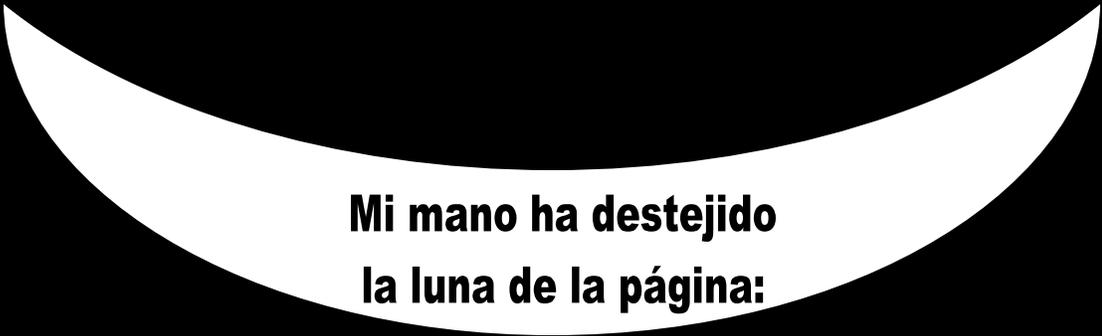
El hombre quemado escupe
la ceniza de su lengua. Y se pregunta
por qué pregunta que no pregunta.

Y no responde...

EL FUEGO TAMBIÉN HA BORRADO SU MUERTE

JOKER

El grito de la sirena anuncia que un viajero ha llegado con su baraja desde el último sueño de una ciudad en ruinas. Abre los vaciados ojos y lanza las cartas: sonámbulo, apuesta, sobre la mesa del tiempo, lo que le resta de vida. Se activa, así, la venenosa máquina: sus espadas tejen, más raudas, la insaciable telaraña del destino. A pesar de haber ganado un diamante en cada hora, el viajero vuelve a la vigilia con su corazón mordido por una letal aleación de tres incógnitas. De espaldas a la suerte, dibuja con su báculo en la arena acaso una calavera o quizás ese imposible trébol de cuatro hojas. Pero aún falta jugar una carta, cuando en certera maniobra contra la mecánica Esfinge, el extranjero le arrebató sus resplandecientes espadas y abre tres heridas como respuesta en la luna de su pecho.



**Mi mano ha destejido
la luna de la página:**

su silente hilo ahora es escritura.

¿Escuchas mugir al monstruo tras la noche que lo enjaula?

En vano buscas su híbrida figura

mientras tu rostro se posa

en esta trama y como

guadaña te sonríe

el menguante

de la luna.

**XAVIER OQUENDO
TRONCOSO**

Nostalgia del día bueno

(manuscrito)

Ese copo
Que en mi mano se posa, le deseo
Asegurar lo eterno
Haciendo de mi vida y mi calor,
De mi pasado, de estos días de ahora,
Simplemente un instante: ese mismo, sin límites.

Y no es ya
Sino un poco de agua, que se pierde en la bruma
De los cuerpos que andan por la nieve.

Yves Bonnefoy
*(Un poco de agua,
Principio y fin de la nieve.
Trad. De Jesús Munárriz)*

He oído la campana de la nieve, he visto el hongo de la pureza, he creado el olvido.

Antonio Gamoneda
(Libro del frío)

EL IGNORANTE

*Es la primera nieve de tu vida
Pues ayer no eran más que manchas
De color, diminutos placeres, temores, penas
Inconsistentes, faltos de palabra*

Yves Bonnefoy

Por primera vez,
la nieve.

Una especie
de reproducción del mundo.

Me quedé absorto
frente a los colores
que danzan en su luz.

Sentí un miedo tormentoso
y unos ojos
en mitad del frío.

¡Desconocida la nieve!

En la mitad de ella algo emerge
antes que las aguas lo reclamen.

LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Mis hijos
son esos soles
que el viento necesita.

Aquellos soles
que se asientan
en las semillas
de los chopos,
sobre esa suave colina,
donde se dibujan
pasos de poetas.

Son mis hijos
esas lunas
que se aclaran
en los campos del rey.

Esas estrellas
son mis hijos,
esas luces con aroma,
esos vientos pelados,
esos ladrillos de historia.

Son mis hijos
esas hojas de vino
que se instalan bajo los soles.

Esos poetas,
esas semillas
y esos ventarrones
que se ven desde la
Residencia de Estudiantes,
donde un día
los hijos de los poetas
pensamos en nuestros hijos.

LA SOLEDAD QUE SE LE OLVIDÓ A MACHADO

*La tarde caía
Triste y polorienta*

Antonio Machado
(Soledades)

En estas soledades,
en estas ausencias frías,
en estas oscuridades burdas

todo se contrae
 se contraría
 se corta.

Nada se aclara
 se remoja
 se crea.

Son soledades verdes,
 inviernos con flor de menta,
 cielos de petrificada esmeralda.

En estas soledades
 me agito
 y tomo un aire
 que no alcanza a ser,
 pero acompaña.

POSTAL DEL FRÍO

La ventana
es un montón
de sonidos.

Hoy los pájaros
quieren entrar
desde el invierno.

EL YO DEL FRÍO

Todo el hombre que llevo
se halla enlatado en esta mañana gris
que no convence a la piel.

Afuera solo hay niebla
y espuma en el cielo.

Hoy el hombre que llevo
no quiere deshacerme
ni empujarme a su vacío.

DUELO CON LA LUNA

*La misma luna que esta noche
Cruza, con su mata
De estrellas, por encima
De los pinares de Xiam, mañana alumbrará
Los eucaliptos y las
Capulicedas
De mi pueblo*

Rubén Astudillo y Astudillo

*(La Luna de Xiam: memorias y presagios,
Celebración de los instantes)*

Me alojé frente a esa luna
que escribe la filosofía
y dicta la ética
del hombre cósmico.
En ella, el invierno
siempre coloca su cara
en la faz vista.

Esa luna se ve desde *Sierra Nevada*.
Desciende a los ojos de uno
con su mito blanco.

La luna de invierno se mueve,
busca un nuevo lado
y regresa a ver

con todo el amor frío,
con todo el dolor frío.

SOL DE NIEVE

*Su misma luz removerá las mismas
Sombras y removiéndolas
Renovará el viejo
Pacto del cielo con la tierra, para que
“todo
Aquí, abajo, ocurra como allá” en la
Girante
Cúpula de lo alto...*

Rubén Astudillo y Astudillo

No sé si vuelva a ver aquel sol
entre las ramas de las encinas.

Ése que se esquivo del invierno,
de esa niebla dolorosa
que va incrustándose
en el portón cerrado del día.

El sol sintió mi risa, curó mi resaca.
Dio unas bocanadas de paisaje rojo
a todas las habitaciones del cielo.

NOSTALGIA DEL DÍA BUENO

*... y al fin dirá temblando: "Qué frío hay... Jesús!"
Y llorará en las tejas un pájaro salvaje*

César Vallejo
(Idilio muerto)

El sueño,
 la nieve,
esa nube de hastío que se repite
en los mismos rostros;
la misma calle de la ciudad
que alguna vez
fue cuna del encantamiento.

Sin embargo,
 en algún árbol,
 por algún techo,
 en cualquier teja
deberá anidar el día bueno:

aquel día pródigo
 que no se asoma,
 que no entra.

En este frío,
 el día al que le canto
 aún no emigra.

FRÍO DE EXTRAÑEZAS

*Sea la gran nevada para ti todo y nada,
Niño que titubeas al andar por la hierba,
Con ojos que aún están llenos de origen
Y manos que no ansían coger más que la luz;*

Yves Bonnefoy

Cómo extraño los llantos amarillos de mis hijos
cómo siento esas bocas reprimidas en sonidos.
Esas nubes que la memoria
/extrañamente/
no deja ver.

Cómo extraño a mis hijos
con sus cargas de amor
donde se guarda
la sonrisa de sus años.

En el invierno,
extraño el cabello lana,
sus pies de ángel veraniego
y sus alas que llegaron a estacionarse conmigo
en el frío de estos días,
donde el cielo es como ellos
y donde todo es como ellos.

NOSTALGIA CIEGA

Amor que duras en mis labios

Antonio Gamoneda

I

Estos crueles ánimos
con que se mezcla el amor.

Estos duendes de invierno
que vienen mientras uno está lejos
y mira el mismo sol
que baña otros océanos ya evaporados.

II

Como un perpetuo condenado del beso
deslío mi paciencia
antes de llegar a la Cita con la Nieve.

III

Hoy guardo mazapanes
de navidad fría
que comerás en primavera,
ya cuando el invierno
haya dejado oculto su material de vida
y su nostalgia ciega.

IV

Seguiremos confabulados
con la luna del frío,
haciéndonos a la otra cara,
hasta siempre, hasta el verano,
hasta que la lluvia nos deje
como adictos a los vientos,

como nieve a la cordura.

CONFESIÓN EN FRÍO

Donde el amor esté
yo salgo solo.

Quiero alentar a un árbol por su fruto,
a un pájaro que ocupa un puesto
en el tejado de mi espacio.

Donde el amor esté,
estará ese pájaro adherido a un árbol.

TIEMPO DE HIJOS

A los tres Jotas de mi vida.

I

En el fondo de los vientos
habitan los ángeles
que parecen otros vientos
que se juntan con los vientos normales
y entonces forman los colores de las brisas
que los hijos ven,
y nosotros creemos que es el viento.
Pero son los ángeles caídos
que quieren jugar a ser viento.

II

Mira, hijo,
allá hay un fino ángel
que quiere jugar con el fuego de tus ojos.
Y por allá han aparecido otros seres nuevos
que no son los juguetes de la casa
ni los que encontramos en las ramas de los árboles.

No te tardes mucho con ellos
que tú no tienes alas
para tapar el frío de tu asombro.

III

Es el silencio ahora.
El silencio está de noche ahora.
El hijo duerme conmigo
y el silencio se prende en las luces de la ciudad.
Entonces se ven las luces dentro del silencio
y el niño se despierta y ve el silencio que le rodea
y duerme
 como la ciudad
 y la noche.

IV

Es la madre y el padre
y los hijos que se van haciendo
en el zaguán de los años.
Y esos sofás y esos adornos y cristales
y esas maderas y los libros, son la casa.
Y la casa son los hijos que se leen nuestros libros
y los libros que se van haciendo hijos de los hijos.
Y las cobijas y los almohadones donde duermen
todos los animalitos fabricados en cuentos
que han leído los hijos
y que se hacen realidad en esta casa
que es el hijo de la casa y la casa del hijo.

**CARMEN INÉS PERDOMO
GUTIÉRREZ**

Cánticos de invierno

(manuscrito)

carmen ines

*Saldremos en silencio
sin despertar al tiempo.*

Jorge Teillier

NAUFRAGIO

El mito es la nada que lo es todo

Fernando Pessoa

I

La ausencia es la nada que anida recuerdos,
el mar se abre al pronunciar tu nombre,
agita y enmudece los cantos:
un cuerpo inmóvil
espera tu retorno.

II

Ese cantar de aves transitorias
buscan tu palabra ya muerta
y el hablar de los vientos, marea intensa,
oculta este presente
casi incierto.

III

Mantos de sombra acarician el alba.
A sus pies, el mar espera...

GRAFÍAS

I

Tu llanto se diluye en mis manos
como música de cristales.

Tu mirada,
 oscuro desvelo,
me inunda.

Me sumerjo en tu hálito
ausente.

II

La noche abraza lo oculto,
muestra sus filos de fuego
que caen en la pradera.

Pájaros lacustres dormitan su esplendor.
Cantos trizados
como un espejo que el silencio muerde.

En la cima del vuelo,
el viento desdibuja mi cuerpo.

III

Agua susurrante: la palabra.
Me hundo como náufrago
en las tinieblas.

Deambulo,
desfallecida hasta volver
en una hoja en blanco.

PÁJARO HERIDO

Descansan, sobre mis manos,
abatidos pensamientos:
ocultos a la mirada
de los dioses.

Como crear o desvanecer entre sombras
un engañoso templo,
una palabra destruida entre los labios.

Soy un cuerpo incierto
que se levanta de las tinieblas
hasta volverse angustia,
melodía silenciosa
que danza en este desierto
como un ave
que en su vuelo se deshoja.

CÁNTICOS DE INVIERNO

Como una gran fogata,
la pradera se avizora
en un pálpito.

Viene mi nostalgia:
harapos de hojas,
sueño,
 olvido,
 llanto,
campanadas de horizonte,
 trinos,
en la bóveda lluviosa
de mi melancolía.

Llevas en los párpados
el mensaje de los cánticos.

Como gotas
siento que gimes,
 huyes.

Mis alas frágiles,
 tristes,
se sumergen
en un puñado de lágrimas.

Son turbios los rincones del crepúsculo.

Una mentira
sujeta la hoja.

OTOÑAL

I

Vuelve el cálido céfiro
a los lagos de invierno de la tarde.

II

Observé al sol desplomarse
en los ojos de los náufragos.

III

No retrasé el destino
en la mirada del caminante
a la hora del ángelus.

IV

Hojas caen
sobre palpitantes restos.

V

Salvé su halo
mas perdí sus huellas.

RETORNO

Huyen agónicas por el atardecer.

Vibran sus cuerpos sobre la espuma.

Se detienen en el último rayo.

Besan el mar con sus alas.

Se deslizan sobre la arena desnuda.

Revolotean bajo la lluvia.

Dejan sobre el silencio un trino inexplicable.

MIENTRAS DESPOJAS SU RECUERDO

Ella se desnuda en el paraíso

Alejandra Pizarnik

Ella teje el olvido
al filo de su imagen.

Devora llamas de ausencia
mientras encarna otra piel.

Teme nombrar
lo que está muerto.

PRESAGIO

El bosque cierra sus párpados y me encierra

Jorge Teillier

De nuevo, día y noche
caminan juntos sobre techos mojados
como santuarios de pueblos.

Junio,
 mar descalzo,
luna de cristal, geometría espesa.
El silencio es penumbra,
solo aparece tu risa despojada

¿Qué sueño te hace zozobrar
a la deriva del crepúsculo.?

Como gato de luna,
habitas en la lluvia,
 lánguido,
 vacío.

Detrás de mis párpados,
 emerge esta ciudad apolillada.

Mariposas revolotean
en torno al fuego
y no hay cantos del tiempo.

Abro los ojos:
 tu voz ya no tiembla

CÁBALAS

Dormita el vagabundo
sobre hilares de invierno;
al filo de la bruma,
resbalan sus sueños.

Antes que su rostro se diluya
la noche esboza
una leve sonrisa.

CICLO DE LLUVIA

Mancha volante y llamarada

Pablo Neruda

Ánades sobre el horizonte,
como fulgor de estrellas se deslizan.
El invierno desborda
sus cánticos en el vértigo de los trigales.
La lluvia lleva al sol hasta su lecho,
donde sobrevive tu presencia
en la frágil danza de las sombras.

ALEGORÍA DEL CANTO

Soñar con pájaros en esta lluvia
despierta a la flor enjaulada.

SENTENCIA

Invento tu piel,
como el fuego que nace en mis pupilas.

Hoguera,
labios pálidos,
voces olvidadas.

La muerte me diluye en tu cuerpo.

CUERDAS PARA EL OLVIDO

Antes que el recuerdo fuera una piel enlutada,
antes que la llama atenuara sus lenguas
y que tus manos ciñeran mi talle,
deshojaste los versos
en la albura de la página.

Antes de trizar mi cuerpo con tu ausencia,
recorriste el monte nublado de mi deseo.

Y con la furia del viento
ataste a mi pecho
tu recuerdo.

ALIENTO

Cabalgas mi desnudez.

La noche destroza el silencio
y me desboco
entre tus labios.

CARLOS VALLEJO MONCAYO

Espejo de altura

(manuscrito)

carlos vallejo

VIENE UN CUERPO

Viene un cuerpo y se interpone el aire:
aire entre el aire, máscara del vacío,
vacío tenso, aire que observa.

Viene un cuerpo: plumas, dardos, uñas, minutos,
centímetros, ahí, brotando de la muerte,
como un intruso o una pregunta,
hacia la tierra sin límites de la carne,
a su piel prometida: fruto, brasa, ola, espejo;
ya lo esperan su sombra,
un puñado de arena, una estrella,
un mapa escondido entre las manos...

Viene un cuerpo y se interpone el viento.

Al otro lado de los signos la vida permanece aún vacía,
espera arrodillada en los bordes del encuentro,
con su pan y su geometría,
con su sueño extendido y su regazo en blanco, la vida
oye, divisa, ve, presiente:

sin embargo, nada, viento.

Qué amor le cederá su forma, qué cántaro, de qué agua,
qué puerta, dónde el relámpago del mundo,
qué llave o roce invocará su sombra
e izará el fuego donde despierte la rosa,
qué pregunta suscitará el alba.

Viene un cuerpo y se interpone la luz,

luz de sueño,
donde no alcanzan los párpados a tentar un boceto,
un minúsculo instante de infinito:
-no siglos, el agua de los siglos, ese mar-,
solo luz estéril, allá, lejos del cuerpo,
faro desierto entre las islas.

Viene un cuerpo y lo interrumpe el miedo.

Qué perfume de qué mármol
permanece al reverso de la muerte
cuando los lugares familiares se remitían al júbilo de una lámpara,
qué dolor antiguo, desde cuándo el viejo cuerpo se hizo niño...

Habrás que abrir las ventanas del mundo
para que el deseo cante otra vez a sus muertos,
habrás que volver a empezar, antes de los labios,
hasta alcanzar la señal primera,
el motor del verbo, esas novísimas aguas,
y profanar el lecho donde tiembla un cuerpo:
centro de la tormenta.

Viene un cuerpo a ciegas,

como un rumor tras los umbrales, como el azar,
como el instante en que se rompe la piedra
en el sueño del agua:
se acerca
gravemente enfermo de un dolor cristalino,
se adivina su humilde huella,
tan contigua,
ya habrá cómo besarlo:
llegarán multitudes de hombres,
llegará el amigo, el hijo, el compañero del hombre
a observar su silencio, a mirar sus días;

se ha hecho una grieta en el aire,
viene un cuerpo,
se presiente un latido, y no es en vano,
ha dado su primer paso,
escuchen:

Baja hasta la hierba: aún
te esperan mis brazos,
mi sombra ligada a tu sombra;
yo te espero, recuéstate:

entre mis papeles,
el suave pasto.

La estatua gira

en su sola quietud,
naufraga ante su materia;
se despide, retorna,
transita como un barco
anclado en el espacio:
se mueve, inerte,
en los confines de su vasto sueño.

Roca estéril, la estatua,

a pesar de las caravanas,
y los días jubilosos;
la estatua muerta entre los amantes
que se palpan,
sorda materia tras los latidos
que incendian la hierba.

Lugar perdido, la estatua,

dispuesta como un animal
atascado en la luz,
canto de luciérnagas minerales,
lápida de sí misma,
fruto inmóvil del viento.

Mar ausente, la estatua,

que desaparece
en su perenne insomnio,
músculo raudo que se despide
de su inseparable presencia;
candado y llave
de un acceso hacia ninguna parte.

Coloso triste, la estatua,

que sueña despierta
mientras la naturaleza
a su alrededor
le implora que duerma.

El vacío no es el vacío,
es un alarido que no cesa,
una cuerda,
un montón de telarañas...

Asómate a sus puertas:
la sustancia frente a ti
continúa intacta.

Apartar lo blanco de la luz:
ver sangrar
al animal transparente.

¿Qué lluvia consume mis papeles?

¿Por qué ahora que te empiezo a desnudar
insistes en desaparecer bajo las aguas?

Esta sombra más alta que la luz,
este otoño de hojas perplejas
en que reposa lo invisible y decae,
este fruto urgente enquistado en el vacío.

Esta fractura despierta en el agua,
eco sin voz de una lágrima;
este empaparse en el reflejo intacto
ante el vibrar de la altura.

Este lugar en que no alcanzan los labios
y un beso florece como una herida,
y, en la palidez de los signos callados,
un rubor,
algo que sueña, un campo vacío,
una huella colmada de preguntas.

Más allá de oscuros atisbos,
donde la mirada, entre yerros, perece,
ahí donde se desbordan los ceros,
siempre origen, siempre cántaro: toda sed.

LAS VIOLETAS

He visto a una mujer sangrar de golpe,
desde su pasado remotísimo
hasta su hoy cortado.

La he visto sentada en un manantial
creciendo hacia el polvo,
con la miel amarga y el rostro espeso.

Una mujer incrustada en su sombra,
en su lugar de los retratos y
en su fiesta de hace tiempo.

Y el inmenso árbol se seca
agigantando los años,
y la ventana se aleja, cada vez,
de su antebrazo;
aún te espero, dice,
borrando su cielo de nunca acabar
tras las cortinas,
y se deja morir mientras sucede
la pesada cadencia
de la luz por las ranuras.

Dioses transitan

bajo un mar de cabellos,
llámalos, están atentos,
mas no escuchan, es igual,
te temen: hay algo en ti,
eres su espejo,
no los mires, temen
las líneas de tus ojos,
son diferentes:

frente a ti, desnudos,
contigo, naufragando.

El aire está cansado del aire,

(ese aire que fueron pájaros,
hojas, cometas, aire...)

Cansancio, ciegas sombras,
aves de hielo,
brotan, caen, llueven,
en el centro,
sobre las maderas,
sobre los tejados,
ángeles muertos
entre aristas vacías.

Muerde el aire,
el aire cansado del aire,
duro espacio,
máquinas, ánforas, muros,
músculos del humo,
dura sombra, dura muerte,
aire sólido, jaula, incendio.

NOCHE

Buscar lo intacto
con el índice del que sueña,
con la mano infinita del muerto.

Vagar como un grano de realidad
en el desierto,
desierto entre los párpados.

Disolverse en aquello que se hunde:
las figuras de la lluvia entre los charcos,
un zapato empapándose de muerte.

¿Qué sucede entre lo innombrable
y la roca intacta del que mira?

Junto al espacio un segmento desnudo,
una flor rota por el viento y la noche,
un pez en el muro,
miles de páginas cerradas,
aire en el mar, un suspiro que hincha las velas...

Es el viajero,
la brisa de los trenes que nunca parten,
un escritorio cubierto de miedo,
y unas maletas llenas de papeles, de tinta: apariencias.

Es el barco vencido antes de la madera
y del árbol,
mucho antes de la semilla y su sueño...
mas el viajero parte hacia las frías arenas,
hacia las torpes banderas del tiempo
y divisa un territorio, una promesa en el viento,
una línea entre las manos:
es la noche, es el cansancio,
es la sombra del peregrino atravesando los cristales.

Hoy dejo mi voz

(mi herramienta de nombrar pájaros)
en un guijarro de silencio suspendido en el aire,
en un lecho sin tiempo,
sin lugar,
sin el sonido que me recordaba la voz;

mi voz del inmensurable abrazo
y del lienzo para llamar al día,
mi palabra húmeda en las gargantas,
mi voz que regaba las flores de todos los planetas,
mi voz de tierra, mi voz del futuro, mi otra voz.

Hoy dejo mi voz, apago la lámpara,
empiezo a llorar.

Las banderas de la tarde no solamente acuden tras los relojes,
la tarde es cualquier día, un río indiferente al ascenso de la luz;
es cualquier noche, es el jardín despierto mientras te despides,
es tu propio abecedario -no lo ignores-.

Tu última palabra es un futuro de nieve,
un inocente guardián al final de los trigales.

ECO

Doler las fronteras -viento amplísimo-,
tacto en los labios, ascuas,
espejismos junto a la ventana.

Algo palpita, brilla tras los extintos manantiales,
esta orfandad, cicatriz o residencia,
yendo y volviendo
hacia ti, sin ti, entre las ramas,
ahora secas.

Una palabra gira, reverdece,
canta en mi boca.

Cierro los labios,
aún te escucho.

En la curva del gatillo,
hasta caer sobre las líneas.

Resuena la blancura de la noche.

EPÍLOGO

LA VOZ HABITADA

Entrar en este libro es igual que entrar a la Casa de los siete patios, abiertos al sol, expuestos a la lluvia y al ojo *voyeur*.

Me he instalado como inquilino de estos textos y he sentido en la nuca la respiración de cada uno de los siete poetas. Sé a qué huele cada letra y hasta sabría decir si había algún animal doméstico rondando por los alrededores. Eso es lo que puede llamarse habitar un texto, cuyas ventanas han quedado deliberadamente entreabiertas, dejando el paso al aire y a los pájaros -dejando entrever algo, impidiendo verlo todo- sugiriendo, proyectando el presente transitorio y precario del ser hacia lo eventual, lo potencial, lo que tenemos de futurible.

Una vez adentro, en plena querencia de la escritura, el inquilino de estas voces puede transitarlas y hasta adoptarlas, después de captar detalles nada nimios que influyen en la meteorología del poema: por qué ventana y a qué hora llega el sol -cuando llega-, o descubrir después si hay alguna teja rota, una que otra gotera desde donde se ve el hueso de una nube, pero no con la intención de repararlas, sino para poner un recipiente en el suelo. Las plantas del interior siempre agradecen el agua-lluvia. Por otra parte, no conozco un poeta que no ame las nubes.

Habitar estas voces, que se reúnen en un gesto coral de siete cuerdas bien afinadas, es también abrir el shungo, juntar el esternón al esternón del otro, tomarle el pulso y conectarse, queriendo saber lo que no nos dicen -por el pudor de lo íntimo- aunque se lo callen, como si la ropa íntima no pudiera colgarse en los alambres de la Casa de los siete patios.

No me detendré en elucubraciones sobre la simbólica del siete ni sobre la kábala y sus meandros esotéricos. No viene al caso. Pero son siete, y no en vano.

El eje fundador de esta poética parece asentarse en la manida frase del argot popular “Para muestra, un botón”, una parte del botón, - parecen precisármelo las voces de este compendio, en un ejercicio de strip-tease semejante a la danza de los Siete Velos, dejando ver las piernas dislocadas de la metonimia y los pechos desgonzados de la sinécdoque, por ejemplo. Lo que pasa es que una simple ventana es un planeta.

Así, cuando hay sol, no se habla del sol, sino de un rayo. Si de lluvia se trata, basta con un fragmento de esa lluvia; si una tela de araña, pues un hilo será más que suficiente; si de un bosque, un árbol; si de un árbol, una rama y un pájaro; si un pájaro, una pluma..., de un amor, el silencio o el vacío; así, el lector, pájaro entremetido y físgón, termina literalmente dejándose “okupar” y vampirizar por esos ambientes -ya luminosos, ya tenues,

melancólicos, existenciales, sórdidos como la urbe, fríos como los países ajenos, o inasibles como los territorios de la conciencia-, husmeando la química de esta poesía, en la que la voz habitada es también singular, pues sabe cantar en solo y a capella, revelando la tersura y los matices antes de ser coral y acompañada.

El lector puede, entonces, adivinar e imaginar el resto, el habitáculo y la historia de cada uno de estos poetas: los libros que leen, si prefieren té o café o un vaso de agua; los momentos proclives a la nostalgia; sus aventuras y viajes iniciáticos o no; sus vuelos metafísicos y sus clamores, sin que prime el género, pues las voces femeninas o masculinas se amalgaman y se juntan como anillo al dedo, generando textos enigmáticos, evocadores de una historia personal subrepticia y resbalosa; voces del yo cuestionando su certeza y aglutinándose en una voz plural, proyectando las huellas de su tránsito, dejando avizorar retazos de una realidad presente y fragmentos que imprimen una eventual durabilidad, donde toda certeza es imposible puesto que hombre o mujer parecen atrapados en espacios urbanos anónimos, -el aquí y el allá sin límites-, pero también en esos mundos subterráneos donde deambulan como nómadas de la conciencia.

Ausentes de algo o habitados por el vacío, sin ser ni lo uno ni lo otro, -hay que subrayarlo-, estos poetas se exhiben plenamente humanos, en una especie de quietud, habitados por otras vidas, paisajes, ausencias, vacíos y silencios de otros poetas queribles.

Toda clasificación -se quiera o no implica un prólogo de un libro a siete manos-, correría el riesgo de parecerse a la enciclopedia propuesta por Borges, en *El idioma analítico de John Wilkins*, y en la que clasifica a los animales en: a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón, n) que de lejos parecen moscas. Ateniéndome a este aserto, y evitando caer en la topografía personal de los nombres, me atrevería a afirmar que, sin pertenecer a ningún emperador ni cacique de pueblo, sin ser el resultado de la taxidermia tallerística, sin formar parte de ningún rebaño, los poetas de *La voz habitada* son lechones por jóvenes y por suertudos, se agitan como locos, en el buen sentido del término; como buenos poetas ejercen la seducción de las sirenas, y por la misma razón son fabulosos porque parecen marcianos; son perros sueltos, por andariegos y libres; son siete, es decir totales, más que innumerables; por lo que sé, nadie les ha pintado todavía con pinceles de pelo de camello, y no entran ni entrarán al reino del etcétera, porque no son comunes ni corrientes sino todo lo contrario. Cierto es que acaban de romper el jarrón y confiamos que sigan

rompiendo muchos más, en esta aldea donde el florón (el jarrón) es monopolio de los poetas con carnet y con estricto derecho de admisión; y bienhecho que de lejos parezcan moscas, porque zumban y zumban rompiendo el silencio cómplice, diciéndonos que algo va a pasar. Seguro que algo va a pasar.

Entre los ingredientes visibles de *La voz habitada*, apuntamos la reticencia al culto del ombligo, -culto endémico de y muchos poetas-, sustituido aquí por el respeto mutuo, la afectividad y el imperio de lo convival de la vida cotidiana; la flexibilidad, que deja al descubierto los contrastes de visiones y relaciones con la lengua; una vocación por perdurar, es decir unas ganas de quedarse para siempre, mediante un trabajo sostenido, un oficio que se labra, apoyándose en un bagaje vital y cultural; y, por último, la movilidad que les vuelve accesibles desde varios ángulos, pero que ante todo les vuelve poetas, pues los “poetas” que escriben debajo de la cama y que ignoran lo que es una zona de candela no son en absoluto confiables.

Explorar la intimidad esencial, trazando un puente lúdico con otras voces cercanas, desemboca aquí en siete misterios confrontados, en siete temblores conjugados, siete voces que forman una sola voz habitada, como un atídoto al individualismo solitario.

Ramiro Oviedo³

³ Ramiro Oviedo (Riobamba, 1952). Profesor y escritor, fue integrante de varios talleres literarios. Vive en Francia desde 1987. Actualmente es profesor de Literatura Latinoamericana en la universidad del Litoral, en Boulogne Sur Mer. Ha publicado *Serpencicleta*, 1995; *Esquifofrenia*, 2000; *Escanner*, 2005, *Los poemas del Coronel*, 2007. En francés: *Hiéroglyphe*, 1997; *Semaine Sainte*, 1998; *Fanesca*, 1999; *La nature se méfie de la vitesse*; *Les poèmes du Colonel*, 2002, Premio de los Trovadores 2002 y *Georges Sernet* 2004.

SOBRE LOS AUTORES

Marialuz Albuja Bayas (Quito, 1972). Ha publicado: *Las naranjas y el mar*, *Llevo de la luna un rayo* y *Paisaje de sal*. Antologías que han incluido su poesía: *Poesía erótica de mujeres*, Quito; *Ciudad en verso*, Quito; *Universo cósmico*, Ciudad de México, *Nueva Poesía Hispanoamericana*, Madrid, 2008. Su obra ha aparecido en revistas nacionales e internacionales de poesía. Algunos de sus textos se encuentran publicados en la colección permanente de la Academia Iberoamericana de Poesía. Tiene una colección inédita de cuentos, así como poesía infantil. Ha trabajado como docente en varias instituciones dentro y fuera del país. Se ha dedicado a la traducción de textos en inglés, francés y español y a la elaboración de textos para niños. Ha participado en algunos encuentros nacionales e internacionales de poesía. Su nuevo poemario *La Pendiente Imposible* fue escogida por el Ministerio de Cultura para ser publicado en su colección.

Ana Cecilia Blum (Guayaquil, 1972) Licenciada en Ciencias Políticas y Sociales. Fue tallerista de la Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas. Ha ejercido la cátedra en Lenguaje y Comunicación a nivel superior. Ha publicado los poemarios *Descanso sobre mi sombra*, 1995 y *La que se fue*, 2008. Ha colaborado con algunos suplementos literarios del país. Desarrolla una intensa actividad literaria y de promoción cultural. Sus textos poéticos se incluyen en diversas antologías nacionales y extranjeras. Ha sido ganadora de varios premios y menciones. Actualmente se especializa en Lengua castellana en la Universidad Estatal de Colorado. Reside entre Ecuador y los Estados Unidos.

Julia Erazo Delgado (Quito, 1972) Licenciada en Ciencias de la Información. Ha trabajado en la cátedra de Lengua española en educación media y superior. Ha participado en diversos recitales de poesía en Ecuador y España. Ha publicado artículos periodísticos y textos literarios en diversos medios escritos. Su poesía consta en antologías como *Ciudad en Verso* y *La voz de Eros*, y en revistas literarias nacionales y extranjeras. Tiene inéditos los libros de poesía: *Verbal* y *Desde un pantalón pequeño*.

Carlos Garzón Noboa (Quito, 1972). Es autor del poemario *Erial*. Editor del *Periódico de Poesía*. Ha sido incluido en la antología *Aldea Poética* de la editorial Ópera Prima de Madrid-España y en la antología *Ciudad en Verso*. Sus textos también constan en revistas como *Taller de la Hoja* de Bogotá y en revistas del Ecuador como *Línea Imaginaria*, *Ourovourus* y *Eskeletra*.

Xavier Oquendo Troncoso (Ambato, 1972) Periodista y Doctor en Letras y Literatura. Estudió edición de libros en Madrid. Ha publicado 11 títulos, entre poesía, cuento, literatura infantil y antologías de la lírica joven del Ecuador. Su último libro *Salvados del naufragio* es una recopilación de su poesía de 15 años de trabajo. Representante del Ecuador en importantes encuentros poéticos y literarios en España, México, Colombia, Chile y Perú. Organizador de las cuatro ediciones de las Jornadas de poesía joven del Ecuador. Ha merecido diversos premios nacionales como el *Pablo Palacio* en cuento y el Premio Nacional de poesía, en 1993. Integra antologías nacionales e internacionales. El Municipio de su ciudad en 1999 le concedió la condecoración *Juan León Mera* por toda su obra literaria y de difusión. Es Editor, catedrático y editorialista de diversos medios de comunicación. Parte de su poesía ha sido traducida al italiano, inglés y portugués. Tiene un blog llamado www.salvadosdelnaufragio.blogspot.com. Su poemario *Esto fuimos en la felicidad* está por publicarse.

Carmen Inés Perdomo Gutiérrez (Esmeraldas, 1973) Es Periodista. Tercer Lugar en el concurso de poesía femenina *Gabriela Mistral*. Colabora en revistas y periódicos de país. Ha participado en recitales nacionales e internacionales. Es autora del poemario *Silencio en llamas*, 2005. Consta en las

antologías: *Mujeres poetas en el País de las Nubes*, México, 2005-2006; *La voz de Eros: dos siglos de poesía erótica de mujeres ecuatorianas*, 2006; *Antología de poesía Rayentruí*, Chile, 2007; *Nueva Poesía Hispanoamericana*, Madrid, 2007; *Antología poética Cascada de flores*, Chile, 2008. Está próxima a publicar un nuevo poemario.

Carlos Vallejo Moncayo (Quito, 1973). Ha publicado *En mi cuerpo no soy libre*, 2003, *Fragmento de Mar*, 2004 y *La orilla transparente* 2007, libro con el que ganó el Premio Nacional de Literatura *Aurelio Espinoza Polít*, 2007. Fundador-editor del *Periódico de Poesía*. Participó en el XI festival internacional de poesía en Cartagena, 2007. Facilitador de talleres de creación literaria. Finalista de la Bienal de cuento ecuatoriano *Pablo Palacio*, 2002 y 2003. Fundador-editor de *Rueca Editores*. Sus textos constan en varias revistas y periódicos del Ecuador.

ÍNDICE

LA VOZ HABITADA

PRESENTACIÓN: Una antología del azar *Efraín Bartolomé*

PRÓLOGO la poesía del siglo xxi desde la mitad del mundo *Rafael Courtoisie*

MARIALUZ ALBUJA BAYAS

Huella en la tierra

Ser siempre búsqueda.

Tu cuerpo

Serás agua

Alguna Vez

Te diré que llevo de la luna un rayo.

Playa incienso

Pude haber sido Ulises

Dijiste que te irías

Fantasma que me acaricias la cara y te vas.

El mar acarrea tu nombre.

Será tan leve tu paso

Si después de tanto esfuerzo

Me lomas el alba

Volveré a perderme por los caminos

Más allá de los barcos se esconden los inocentes.

Voy a mentir

ANA CECILIA BLUM

Lejos de los trópicos

Arte Poética

Y si hay algo quebrado

Te convoco al encuentro

La que se fue

Perdida

Dolores viejos

Renuentes

Después del ocaso

El aguacero

Me detuve

Soy

Abrazo las cruces

Descanso sobre mi sombra

En la creciente de luna

Todos inventamos madrugadas

Todo es derrotado por el alba

JULIA ERAZO DELGADO

Tintas doradas sobre fondo negro

ROTACIÓN

Néctar

Nada

Sueño

Juntos

Lazos

Aroma

Axioma

Ángeles

Estación

Mudanza

Rutina

Amnesia
Espantapájaros
Esperanza
Carboncillo

CARLOS GARZÓN NOBOA

Oficio del paria

Obraje
Señor,
Escrito en la arena
Destierro
Cima del sueño
Aquella ave de la voz...
Heráldica
Saga
?
Anubis
Invasión
Saudade
Humanas ofrendas
Consagración
Joker
Mi mano ha destejido

XAVIER OQUENDO TRONCOSO

Nostalgia del día bueno

El mito
El ignorante
Lo nuevo
La residencia de estudiantes
La *soledad* que se le olvidó a Machado
Frío de lejos
Postal del frío
El yo del frío
Túnel de invierno
Duelo con la luna
Sol de nieve
Nostalgia del día bueno
Frío de extrañezas
Nostalgia ciega
Confesión en frío
Tiempo de hijos

CARMEN INES PERDOMO G.

Cánticos de invierno

Origen
Naufragio
Grañas
Pájaro herido
Cánticos de invierno
Otoñal
Retorno
Simiente
Mientras despojas su recuerdo
Presagio
Cábalas
Ciclo de lluvia

Alegoría del canto
Sentencia
Cuerdas para el olvido
Aliento

CARLOS VALLEJO MONCAYO

Espejo de altura

La poesía

Viene un cuerpo

Baja hasta la hierba: aún

La estatua gira

El vacío no es el vacío,

Apartar lo blanco de la luz:

¿Qué lluvia consume mis papeles?

Esta sombra más alta que la luz,

Las violetas

Dioses transitan

El aire está cansado del aire,

Noche

Hoy dejó mi voz

Las banderas de la tarde no solamente acuden tras los relojes,

En la curva del gatillo,

EPÍLOGO: la voz habitada, *Ramiro Oviedo*

SOBRE LOS AUTORES

ÍNDICE